

Educar para la democracia y la paz¹

Carlos Garatea Grau
Pontificia Universidad Católica del Perú

Para no levantar sospechas injustificadas ni estribillos bibliográficos me permito empezar diciéndoles que estas páginas están inspiradas, obviamente, en el Pacto Educativo Global y, al mismo tiempo, en el pensamiento de José Arcadio Buendía y su receta para enfrentar el olvido, la peor consecuencia de la epidemia de insomnio que acechó Macondo. En el tercer capítulo de *Cien años de soledad*, José Arcadio reacciona ante la inminencia de la epidemia marcando cada cosa con su nombre: mesa, silla, pared, cama; luego marca a los animales y plantas: vaca, chivo, gallina, yuca. Poco después, “se dio cuenta de que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más explícito. El letrero que colgó en la cerviz de la vaca es muestra ejemplar de la forma en que los habitantes de Macondo estaban dispuestos a luchar contra el olvido: *Esta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche*”. A los habitantes de Macondo, la imposibilidad de dormir no los atormentaba más que empiecen a borrarse de su memoria “los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado.”

Admito que en ocasiones dan ganas de salir a poner cartelitos con “Vivamos en paz”, “Dios existe” o “La ley se cumple”. Sé que el impulso puede terminar en unos días de reclusión aunque sepamos que atravesamos un periodo en el que los desafíos, las brechas sociales y la presión económica nos obligan a proteger el sentido de las palabras y su natural capacidad para propiciar el entendimiento y la convivencia. Con la pandemia del COVID 19 millones de personas perdieron la vida, ahora corremos el riesgo de perder el sentido de la educación y su vínculo basal con la democracia y la paz. A José Arcadio Buendía le preocupaba olvidar las palabras, pero más le preocupaba olvidar su utilidad. A nosotros debería alertarnos que la fuerza de los nuevos contextos cause que *educación, democracia y paz* se reduzcan a significantes en búsqueda de significados. El Pacto Educativo Global es un dique que ayuda a contener la presión y, a la vez, es una brújula que nos orienta. Pero será incapaz de cumplir con sus objetivos si las declaraciones y consensos no están acompañados por bastante más que los aplausos y si no cristaliza en prácticas, ideas y compromisos. Evitemos hacer como el niño que se cae del árbol y cuando regresa a casa le cuenta a su madre que acaba de sufrir un accidente. La madre le dice: “¿Qué te pasó?”. “Me caí de un árbol”. “¿Te dolió?”. “Mucho”. “¿Lloraste?”. “No”. “¿Por qué?”. “Porque no había nadie”.

¹ Con ligeras enmiendas, este texto fue leído en el Seminario internacional “El magisterio educativo y cultural del papa Francisco: conceptos y praxis del Pacto Educativo Global”, realizado en la Universidad Javeriana, en Bogotá, el 15 y 16 de agosto de 2024. El texto corresponde al siguiente tema del Seminario: “Construcción de la paz en la educación: fortalecimiento de la cultura democrática y ciudadanía global en la educación.” Muchas de las ideas aquí reunidas están emparentadas con el Seminario permanente Educar para la democracia que desde hace dos años realizan la Pontificia Universidad Javeriana, la Pontificia universidad Javeriana y la Pontificia Universidad Católica del Perú. El título es un primer ejemplo.

Lo digo de esta manera porque si bien la pandemia actuó como parteaguas, es evidente que nos encontramos en un periodo que recibe distintos nombres. Hay quienes lo reducen a “incertidumbre”; otros hablan de “policrisis”; no falta quien prefiere “gran quiebre” ni el que pregunte por el plural de “caos”; hace poco un buen amigo llamó, con agudeza y razón, a la realidad política del Perú: “democracia asaltada”.² Todas las propuestas coinciden en que algo sucede y en que sea lo que sea que suceda el futuro no pinta bien si no hacemos algo. Empecemos siendo autocríticos y admitamos que no vimos llegar el presente y que no hicimos lo suficiente para hacer realidad el futuro que soñamos durante nuestra adolescencia. Me lo he planteado muchas veces: ¿nuestro presente es el futuro que imaginaron nuestros abuelos?, ¿cómo hemos llegado a esto?

Por un lado persisten viejos problemas y deudas sociales; por otro, han ganado protagonismo manifestaciones impensables hace muy poco. Entre los viejos problemas tenemos: la pobreza, la exclusión, el hambre, la violencia. Entre los nuevos: el poder político de las economías ilegales, el cambio climático, las migraciones, la normalización de actuar fuera de la ley y la ejemplaridad atribuida a un rapaz egoísmo internacional. La lista es larga. Ciertamente que tienen grados y alcances distintos en función de las historias de nuestros países e, incluso, en su interior varían de un lugar a otro por distintas razones históricas. Sin embargo, nadie se escapa.

Consideremos, por ejemplo, el desarrollo de la educación en Hispanoamérica. Desde el siglo XVI es un problema indiscutible. Quien haga un recorrido que vaya de las políticas de Felipe II, pase por el despotismo ilustrado de Carlos III en el XVIII, continúe durante el nacimiento de las actuales repúblicas americanas en el XIX, siga a través de las revoluciones y las ideologías del XX,³ y culmine en las frágiles democracias modernas y en la relativa estabilidad que tienen los estados de derecho en el continente, verá que esas marchas y contramarchas han dado como resultado una diversidad de sistemas educativos, con desarrollos igualmente heterogéneos y con modelos tan variados como peces hay en el mar. Ocurre en todos los niveles educativos y es una de las razones por las que, si pensamos en la educación superior en América Latina, es ingenuo ponerlas bajo un único concepto de universidad. A veces, llamarlas universidad es hablar de un disfraz. Tenemos universidades públicas y privadas; católicas y no católicas; con y sin fines de lucro; buenas, regulares, malas y pésimas, y dentro de cada una de esas categorías es posible combinar unas con otras, y, además, distinguirlas por tipo de gobierno y grados de dependencia o autonomía financieras.⁴ José Arcadio Buendía se habría vuelto loco de poner tanto cartel. En esa diversidad, hay sin embargo dos constantes: la primera, millones de jóvenes en búsqueda de su futuro, jóvenes que interactúan y crecen en entornos muy heterogéneos, y, segundo, un

² En este caso me refiero al libro de Barrenechea, Rodrigo y Vergara, Alberto (2024): *Democracia asaltada. El colapso de la política peruana (y una advertencia para América Latina)*, Lima: Universidad del pacífico.

³ Sobre los temas arriba aludidos, especialmente, los referidos al período que va del XVI al XX, remito, sin ninguna pretensión de exhaustividad, a los siguientes estudios: Alaperrine-Bouyer, Monique (2007): *La educación de la élites indígenas en el Perú colonial*, Lima: IFEA/ IEP/IRA; Andrade Ciudad, Luis, & Zavala, Virginia. (2019). *De la lingüística a las aulas: ideologías en la educación peruana*, Lexis, 43(1), 87-116; Arias, Beatriz (2021) *La figura de las voces*, México, UNAM. En cuanto a sus implicancias históricas: Garatea, Carlos (2010): *Tras una lengua de papel*, Lima, PUCP; y “La realidad social del pluricentrismo. En torno a léxico, diccionarios y medios de comunicación” en *El español, lengua pluricéntrica*, Bonn. Bonn University Press, 81-94. Aunque se tratan de trabajos historiográficos concentrados en el español como medio de “entendimiento”, ellos ofrecen un panorama de un viejo problema social que pasa por la ausencia de una clara consciencia del medio verbal necesario para que sea eficiente la comunicación.

⁴ Sin duda, el informe *Educación superior en Iberoamérica 2024*, de Centro interuniversitario de desarrollo (CINDA), contiene información, diagnósticos y datos que permiten hacerse una idea clara del heterogéneo mundo universitario en este parte del mundo. Véase: <https://cinda.cl/publicacion/educacion-superior-en-iberoamerica-informe-2024/>

consenso generalizado de que la educación es central para aspirar a un mundo mejor, consenso que, por cierto, no se traduce en un apoyo efectivo de los Gobiernos ni en un real compromiso de educar para vivir en democracia y en paz, a pesar de que se ha vuelto lugar común afirmar que en América Latina la credibilidad de la democracia está en retroceso, percepción respaldada en mediciones de distinta procedencia y tipo. Dicho de otra manera: la democracia pierde apoyo e identificación ciudadana mientras que opciones violentas y autoritarias ganan audiencias y simpatías. Algo ha fallado en la transmisión de valores democráticos y en el interés del bien común; algo ha fallado en la comprensión de los ideales y del universo que ilusionan a nuestra juventud.

¿Qué hacemos? Nos subimos al carro, dejamos atrás principios y convicciones, y preparamos a nuestros jóvenes para triunfar en la vida y medir su éxito en una cuenta bancaria o decidimos admitir que estamos ante la confluencia de problemas con distinta complejidad y nos esforzamos por comprenderlos, poniendo de lado prejuicios y lugares comunes, para decidir cómo darles solución. Alguno de ustedes puede decirme que la única opción válida para una universidad católica es la segunda. De acuerdo. Pero ¿por qué? Complico la pregunta con otras dos que apuntan a las premisas que están en juego: ¿por qué es mejor vivir juntos que separados?, ¿estamos preparados para convivir?

No son preguntas sencillas aunque tengamos la impresión de que las respuestas están suficientemente demostradas. Si lo pensamos un poquito veremos que ofrecer respuestas que sean pertinentes y digeribles, sin violentar la diversidad de contextos sociales y la amplia gama de memorias históricas que existen en América Latina, pasa por incorporar nuevas dimensiones y asumir una perspectiva que facilite una mirada integral del ser humano, de la vida social y de la historia de nuestros pueblos. Quiero decir: necesitamos renovar conceptos y limpiar los discursos de florituras que impiden que la juventud reconozca que nos dirigimos a ellos con empatía y con la seguridad de que un futuro mejor es posible. Ahora, les pregunto en confianza: ¿en serio es posible un futuro mejor?

Alguna vez escuché a Gustavo Gutiérrez decir que todo estaría bien si no fuera por la realidad. Tiene razón. Ser conscientes de los límites es lo que ensancha y fortalece el tamaño de nuestra esperanza. Y, por el contrario, renunciar a ello es contribuir a que echen raíces el pragmatismo radical, el egoísmo y una visión del ser humano limitada a un presente que borra los procesos y los valores democráticos para reemplazarlos por la velocidad de los resultados. Realismo y esperanza no es ingenuidad ni ciego quijotismo. Es fe, escucha, ideas, diálogo, acciones y solidaridad. Seis rasgos esenciales para poder hablar con optimismo del futuro de la educación en América Latina. Tengamos en cuenta, por ejemplo, los retos que nos ponen por delante el medio ambiente, el mundo digital, las migraciones, gobiernos autoritarios elegidos mediante voto popular, la seducción de la inmediatez. Cada uno implica repensar conceptos y abrir el horizonte a nuevas expresiones del dolor humano y a maneras distintas de situarse en el mundo y de concebir la solidaridad. Pronto habrá transcurrido un siglo desde que el gran César Vallejo lo dijo así:

(...) desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,

y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces
 y la condición del martirio, carnívora, voraz,
 es el dolor dos veces
 y la función de la yerba purísima, el dolor
 dos veces
 y el bien de ser, dolernos doblemente.⁵

No hay una gota de dramatismo en estos versos. Lo que hay es una voz que invoca a que nos escuchemos y a que nos encontremos como personas íntegras, sensibles e inteligentes; ideas que el lector de Vallejo encuentra en muchos de sus versos, como los que cito para llamar la atención acerca de que la buena poesía contribuye con las vigas que necesitamos para sostener una educación universitaria que forme en valores y principios democráticos y que, al mismo tiempo, afiance la creatividad y la libertad. ¿Será casual que las humanidades y las artes brillen por su ausencia en las discusiones sobre la universidad que necesitamos y en el marco de las innovaciones con las que nos presentamos en sociedad? En la práctica han desaparecido de los eventos destinados a pensar el futuro de América Latina. No recuerdo cuándo fue la última vez que escuché (tal vez nunca) a un político, a un primer ministro, a un ministro de Educación defender las humanidades o las artes, a pesar de que repiten la muletilla de que la educación es la única vía para alcanzar la prosperidad.

En este contexto —que ya tiene algunos años— el título del conocido libro de Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil*, irrumpe como un campanazo para que nos tomemos un minuto en pensar hacia dónde va la educación en nuestros días y qué tipo de ciudadano estamos formando. Las obras de Rulfo, Arguedas y la infinita musicalidad de García Márquez tienen el mismo efecto; algo que, por cierto, también sucede con los versos de Rubén Darío, Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Blanca Varela quienes nos invitan a que abramos las ventanas para ver y sentir lo que está más allá de nuestras narices; a su manera, lo hacen los murales de Diego Rivera, los anchos personajes de Fernando Botero y el abstracto toque andino de Fernando de Szyszlo. El papa Francisco habla de poetas sociales cuando alude a la comunidad universitaria e introduce una linda analogía con la coreografía y la danza para referirse a la misión de la universidad: “Quizás la misión de la universidad es preparar coreógrafos sociales, hombres y mujeres que vislumbran en el pueblo una danza, un baile donde cada uno contribuye a la gracia del movimiento total y nadie es excluido. Coreógrafos sociales, atrevido decir esto, pero este es el sentido.” Y, por si fuera necesario insistir, hace pocas semanas, el Papa ha expresado su fe en la literatura como dimensión formadora de la persona⁶. En suma: siempre arte, humanidades y educación, entrelazados, en armonía, para la paz.

De esta forma se rema a contracorriente de la orientación rentista y de corto plazo que caracteriza a algunas ofertas educativas en nuestros países: aquellas en las que la velocidad, el poder del mercado y la innovación desenfrenada postergan la formación integral de los estudiantes. Formación integral implica —como dije— abrir las ventanas para ver y sentir lo que está más allá y garantizar que nuestros estudiantes sean buenos ciudadanos y buenos profesionales. Nuccio

⁵ Fragmento del poema Nueve monstruos, incluido en Poemas Humanos (1931- 1937).

⁶ Carta del Santo Padre Francisco sobre el papel de la literatura en la formación, 17 de julio de 2024.

Ordine habla de educar para la profundidad; Adela Cortina recuerda la amistad cívica de Aristóteles sin la cual no existe democracia posible ni paz. En ambos casos, formar para competir deja de lado el sentido de educar personas y ciudadanos. Del mismo modo, quien pierde de vista el proceso educativo y concentra la mirada únicamente en la inserción laboral renuncia a poner la semilla y a acompañar el camino hacia su pleno florecimiento. El proceso importa y este nunca es lineal, como los rieles del tren, ni está libre de temblores, como la superficie lunar. Tengamos en cuenta que la vida democrática es siempre imperfecta, dinámica, nunca estática y jamás terminada. Se hace al andar. La democracia es una conquista ciudadana, muy exigente, no es un don ni un hecho natural ni una gracia. Se la conquista y se la cuida. Es tan delicada que se pierde y quiebra con facilidad. Por ello, me parece oportuno traer a colación un breve relato que leí en un artículo de Adela Cortina cuyo centro está precisamente en el proceso que nos asegura la viabilidad del propósito. “Había una vez” un jefe indígena que les explicaba a sus nietos que en las personas hay dos lobos: el del resentimiento, la mentira y la maldad; y el de la bondad, la alegría, la misericordia y la esperanza. Al terminar la narración, uno de los niños preguntó: “¿Cuál de los lobos ganará?”. “El que alimentos”, sentenció el abuelo.⁷

Podríamos imaginar un tercer lobo: uno que tenga un poquito de los otros dos. En cualquier caso, la narración sirve para definir objetivos y pensar caminos que nos permitan llegar a lo que buscamos con nuestras tareas académicas, pero al mismo tiempo, la historia de Cortina subraya que el trabajo es continuo e implica tiempo y paciencia. Para ser más claro: no habrá democracia ni paz si no formamos para la democracia y la paz. “Educar con calidad supone, ante todo, formar ciudadanos justos, personas que sepan compartir los valores morales propios de una sociedad pluralista y democrática, esos mínimos de justicia que permiten construir entre todos una buena sociedad”.⁸ Pienso en la relevancia democrática que tienen la solidaridad, el juicio crítico, el diálogo, la creatividad y el respeto. Ser buen profesional es, por ello, bastante más que un ejercicio técnico. Dos de las dimensiones que contribuyen con ese “bastante más” son las humanidades y las artes.

¿Recuerdan que José Arcadio Buendía estaba preocupado por los nombres pero también por la utilidad de las cosas? Bien, entonces, hagamos las preguntas de fondo: ¿para qué educamos?, ¿para qué tenemos universidades?, ¿cuál es el lugar de las universidades católicas en el siglo XXI, en especial, en América Latina? El Pacto Educativo Global ayuda a dar respuesta pero obviamente no puede cubrir todas las aristas ni dimensiones, menos en un continente tan diverso y multicultural como el nuestro, donde las historias sociales difieren mucho y donde las memorias⁹ conservan experiencias terribles de injusticia y exclusión que impiden imponer formas de entendimiento e improvisar en torno a un bien común que, por lo general, no es común. Empecemos considerando que las humanidades y las artes dan sentido y visión a las cosas, a la cultura y al armazón en el que vivimos y hablamos con otros; ellas permiten entender el mundo y

⁷ Cortina, Adela (2013/2021): Para qué sirve la ética, Barcelona, Paidós, p. 50

⁸ idem. 131

⁹ En este sentido, el arte expresa bien esa diversidad de historias y percepciones existentes en la sociedad y que determinan el vínculo de las personas tanto sobre su presente como en relación con su pasado. Excelentes ejemplos de ellos son los comentarios de Alberto Vergara a dos conocidas películas latinoamericanas, Roma (2018) y La historia oficial (1985), incluidos en Repúblicas defraudadas, Lima: Planeta, 49-79; con otro objeto de estudio pero igualmente relevante para lo señalado es el trabajo de Ulfe, Makena (2011): Cajones de la memoria. La historia reciente del Perú a través de los retablos andinos, Lima: PUCP. Estos estudios evidencian el complejo y valioso vínculo entre arte y memoria que merecen mayor atención y estudio.

entendernos en nuestra intimidad y en nuestros silencios, que son similares, pero no iguales, a los que sienten y oyen los demás; ellas nos abren al mundo como dimensión compartida con nuestros semejantes que no son idénticos a nosotros sino personas con la misma dignidad y con el mismo derecho que tenemos todos a tener derechos. Pero es “otro”, alguien distinto, sin dejar de ser igual, e insustituible en el entendimiento¹⁰ mutuo que requiere la conquista de la democracia y de la paz. Como se trata de formación humana, la universidad no puede — mejor dicho, no debería — actuar como fábrica de máquinas en serie. Trabaja con personas y con un entorno. Y debe formar en ese horizonte, acercando y propiciando espacios de diálogo, curiosidad; espacios en los que la pregunta y la duda sean combustibles para pensar, discernir y argumentar. Obviamente no puede dar la espalda ni ignorar el mercado. Pero una cosa es saber qué pasa en él y qué sucede laboralmente con los egresados y otra muy distinta es actuar en función del juego de la oferta y la demanda que origina el intercambio y la producción de bienes y servicios. La educación es, sin duda, un bien y un servicio pero tiene una naturaleza especial y única. Ni se toca ni se ve, pero existe y se siente; tiene valores que no son los de la bolsa de valores; acompaña a todas partes y durante toda la vida. Al fin y al cabo, es un intangible que diseña el futuro en lo que se hace hoy.

Martha Nussbaum¹¹ llamó la atención sobre los peligros de la visión antihumanista que elogia las diferencias de manera poco crítica y que, a la vez, muestra escasa apertura al diálogo y el debate. Cuando este tipo de concepciones, que están más allá de la inútil diferencia de derechas e izquierdas, se ciernen sobre un espacio complejo y heterogéneo, lingüística y culturalmente plural, como América Latina, entonces no hay que ser adivino para anticipar su fracaso y una próxima e inminente explosión. Por ello, debemos tener mucho cuidado con la pureza que desatiende el mundo real en el que se vive. La democracia se sostiene en la gente de la calle, en sus historias, sus memorias y necesidades. “La rebeldía y los sueños de pureza acaban con frecuencia en la sonrisa del tirano”, opina Luis García Montero¹². La situación actual de la democracia no consiente este tipo de ligerezas. Sin embargo, no podemos negar que la amenaza existe y ocasiona que tengamos, por un lado, a quienes abren los brazos para recibir el futuro tal como ha sido empaquetado y, por otro, quienes piensan que debemos vacunarnos contra ese sueño alocado, recuperar la lentitud para pensar y salir de una inercia que gana presencia y poder.

Pues bien, Rubén Blades dice que todo barrio tiene su loco. La verdad, es que ahora hay más de un loco por barrio. Me explico: de lo expuesto se desprende la importancia del buen profesor y la urgencia de destinar recursos a mejorar capacidades y a recuperar la dignidad de la enseñanza en nuestras sociedades. Profesores por vocación, no por descarte profesional. Profesores con un sueldo justo, no obligados al pluriempleo. Sin embargo, lo que más se promueve es la educación mediante recursos tecnológicos. También se dan situaciones difíciles de entender, absurdas, como las que pasan en el Perú, donde, por una parte, se repite la muletilla en torno a la importancia de la educación y el rol de los profesores en el desarrollo; por otra, el Congreso de la República liquida la reforma universitaria, el Ministerio de Educación deja de ser el ente rector del sistema universitario y el Poder Ejecutivo reduce el presupuesto a las universidades públicas pero

¹⁰ Algunos años atrás exploré algunas premisas que contribuyen a reconocer el lugar que tiene el principio de alteridad en el entendimiento; cf. Garatea, Carlos (2013): “El otro en el contacto: alteridad e historia del español de América”, Signo y Señal, 39-62

¹¹ Al respecto remito a dos de sus conocidos trabajos: El cultivo de la humanidad (2005) y Sin fines de lucro (2010).

¹² tomado de: https://www.infolibre.es/opinion/columnas/verso-libre/poeta-democracia_1_1175434.html

facilita la educación a distancia en todos los niveles y al 100%. La ley que lo autoriza trae, además, una insólita solicitud: “este proceso deberá complementarse con convenios tipo Google, internet e inteligencia artificial”. Por supuesto, no hay una palabra en torno a los profesores; tampoco sobre estudiantes y mucho menos sobre calidad. De locos. Obviamente que no se trata de tomar distancia de los recursos tecnológicos ni negar su indiscutible utilidad. La tecnología goza de un desarrollo vertiginoso que nos hace más cómoda la vida, moviliza ingente cantidad de dinero, y goza de un nivel de influencia que es absurdo ignorar. Sin duda que la pandemia aceleró su implante en espacios antes destinados a la interacción y el recreo. Sabemos que la educación, por ejemplo, es hoy distinta de antes, y hay cambios notables en estudiantes y profesores, por cierto. Cuesta renunciar ahora al trabajo vía Zoom, Meet, WhatsApp o cualquiera de las plataformas y aplicaciones que tenemos a la mano y que nos generan un simulacro de conversación y cercanía, al mismo tiempo que nos facilitan herramientas para la investigación y al acceso a volúmenes alucinantes de datos que han convertido los ficheros y las fichas bibliográficas en objetos prehistóricos. Pero también hay que reconocer el desagrado que produce encontrarse con recuadros enchapados de negro a los que se debe dar una clase sin tener la seguridad de que al otro lado hay un ser humano. Todos tenemos un montón de historias, propias y ajenas, vinculadas a súbitos encendidos de cámara. Una vez me encontré con un perrito donde debía haber un estudiante y, en otra, un grupo de estudiantes se encontró con que su profesor saboreaba un litro de helado mientras que, con la mano libre, avanzaba el Power Point de la clase.

Es indudable que se trata de equilibrar las cosas sin perder perspectiva pero subsiste un desafío más profundo al que solo puedo mencionar en esta presentación. Me refiero a que necesitamos preguntarnos y diseñar nuevas metodologías y estrategias pedagógicas para cumplir con nuestros objetivos. ¿Cómo formamos para la democracia y la paz mediante una pantalla? ¿Cómo generamos en nuestros estudiantes el valor de la solidaridad si su vida está constreñida o, por lo menos, ocupada por largos y frecuentes momentos de soledad y de comunicación a distancia? El desafío es gigantesco. Les confieso que en ocasiones he creído estar ante estudiantes cuyas ideas y expectativas en torno a democracia, paz y solidaridad son distintas de las que me traen aquí. Para decirlo de otra manera: todos queremos paz, democracia y solidaridad pero temo que entendemos cosas distintas. La comunicación y la familiaridad digital — junto a otros factores — nos han cambiado y nos han hecho olvidar lo que antes defendíamos y trasladábamos de generación en generación, en casa, en la escuela, en la calle, ciertamente que había matices en función del momento y el lugar pero ellos no ponían en riesgo el entendimiento ni la base común que respaldaban — hasta cierto punto— consensos de largo plazo. Dejo en claro que no intento decir que el pasado fue mejor. Lo que intento decir es que estamos en otra etapa del desarrollo humano y social. La democracia y la paz son atropelladas por intereses, grupos de poder y economías ilegales, y, en paralelo, la representación política ha caído en manos de amateurs e individuos que no distinguen el bien común del individual, y cuando los distinguen, van sin dudar tras el beneficio personal. Nos toca asumir que la presencia que ha conseguido la visión cortoplacista y antihumana, junto con una descontrolada violencia verbal y un veloz deterioro de la política nacional, están *in toto* en las antípodas de lo que he dicho y de los principios del Pacto Educativo Global. Lamento decir que parece estar cumpliéndose la profecía de José Arcadio Buendía. Tal vez no se trate *stricto sensu* de una epidemia de olvido pero sin duda estamos viviendo un cambio que necesita pulimento conceptual y simbólico para comprender y entender

lo que sucede en el mundo y conservar la cuota de realismo que necesitamos si no queremos terminar tras los cartelitos de José Arcadio o engolosinados con términos e ideas cuya pureza y regularidad están divorciadas de la vida cotidiana. El futuro de la democracia y de la paz se juega en la educación. Por tanto, como profesores que somos, debemos poner manos a la obra y empezar a aprender, nuevamente, en un nuevo contexto, con nuevas y mejores ilusiones, con honestidad y templanza y, sin duda, ante todo, con el ejemplo. Donde no haya esperanza debemos inventarla.

Termino recordando una hermosa reflexión de Marguerite Yourcenar que ayuda a renovar el espíritu, mientras nos llenamos de fe y energía para seguir adelante en un mundo que atraviesa un periodo de cambio y de incertidumbre generalizados. Dice Yourcenar:

Lo mejor para las turbulencias del espíritu, es aprender. Es lo único que jamás se malogra. Puedes envejecer y temblar, anatómicamente hablando; puedes velar en las noches escuchando el desorden de tus venas, puede que te falte tu único amor y puedes perder tu dinero por causa de un monstruo; puedes ver el mundo que te rodea, devastado por locos peligrosos, o saber que tu honor es pisoteado en las cloacas de los espíritus más viles. Solo se puede hacer una cosa en tales condiciones: aprender.

.....